



Hélène Cixous

HIPERSUEÑO

INTERZONA

HIPERSUEÑO



Hélène Cixous

HIPERSUEÑO



INTERZONA

INTERZONA

Cixous, Hélène

Hipersueño / Hélène Cixous - 1a ed. - Buenos

Aires: Interzona Editora, 2021.

184 p.; 21 x 13 cm. (Zona de Traducciones)

Traducción de: Alicia Dujovne Ortiz

ISBN 978-987-790-046-0

1. Narrativa. 2. Literatura. 3. Narrativa francesa

I. Dujovne Ortíz, Alicia, trad. II. Título.

CDD 843

Hyperrêve fue publicado por primera vez en Francia en 2006

© Edition Galilée, 2006

© de la traducción, Alicia Dujovne Ortiz

© interZona editora, 2021

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez

Traducción: Alicia Dujovne Ortiz

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Luciano Páez

Ilustración de tapa: *The Cat*, Gwen John, 1905

Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-790-046-0

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programmes d'aide à la publication

Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien de l'Institut français d'Argentine.

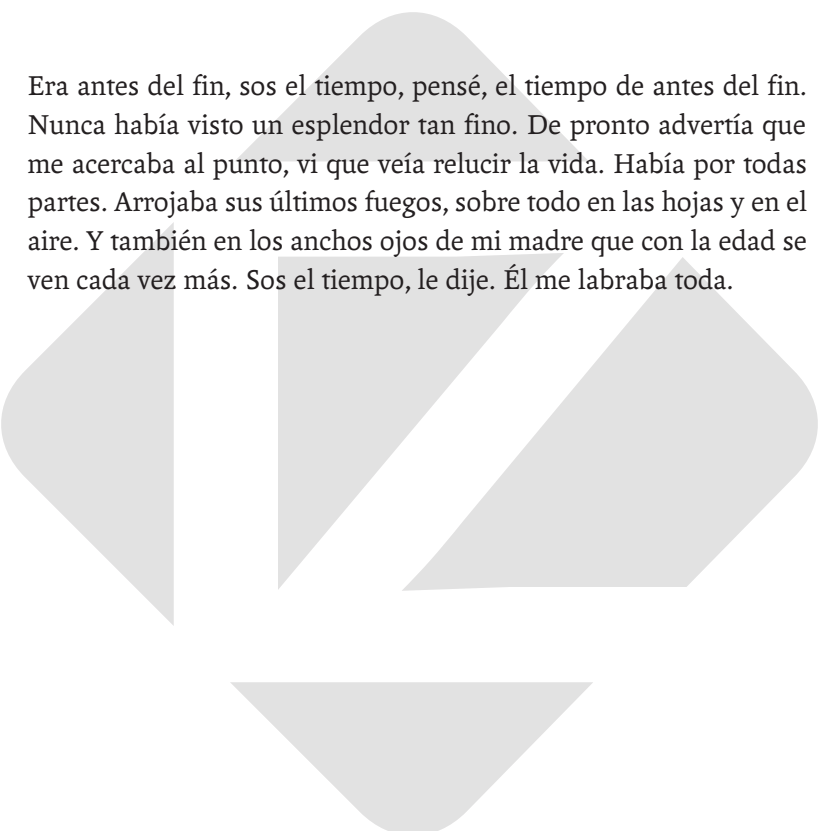
Esta obra, publicada en el marco del Programas de ayuda a la publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Institut français d'Argentine.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

I

ANTES DEL FIN





Era antes del fin, sos el tiempo, pensé, el tiempo de antes del fin. Nunca había visto un esplendor tan fino. De pronto advertía que me acercaba al punto, vi que veía relucir la vida. Había por todas partes. Arrojaba sus últimos fuegos, sobre todo en las hojas y en el aire. Y también en los anchos ojos de mi madre que con la edad se ven cada vez más. Sos el tiempo, le dije. Él me labraba toda.

El jueves era el primer día del mes de muerto de mi muerto mi padre el muerto, mi muerto primero mi primera muerte el quincuagésimo primer día, qué fresca esta muerte este muerto pensé, esta muerte que no envejece,

yo ahora vivía antes de la muerte de mi madre, miraba a mi madre levantarse y acostarse todos los días en mi horizonte, con una admiración trastornada me vivía de angustia, no niego que a veces, algunas mañanitas taimadas de desayunos instantes horripilantes, cuando una crisis de caprichos altera de repente la bella regularidad de su vuelta de rueda cósmica, todo siempre gira alrededor del pan, del tema del mal pan, “no me gusta este pan” chirría mi madre, eso significa: no te amo no amo este día estoy muy enojada con esta familia no amo este universo, le traigo, tomen nota, otro tipo de pan, que a ella tampoco le gusta, después otro, después un sexto, y todo ello traduciendo con exactitud sus patadas a los sucesivos panes, siento que me sube un furor, ella y yo estamos poseídas por dos demonios que se atacan invisibles pero tangibles a propósito del falso pan, los puñetazos llueven, llegamos a los dos extremos la rabia y lo grotesco, la guerra viene rápido, en este adviento¹ de una negrura carmesí

si de repente dentro de un rato, ella ya no estuviera, se dice mi pensamiento estrangulado por un lado de irritación y por otro de

1. Calendario de adviento, período que señala el comienzo del año litúrgico cristiano y comprende las cuatro semanas anteriores a la Navidad; empieza el domingo más próximo al día de san Andrés (30 de noviembre).

terror, si la perdiera en ese ciclón miserable justo después de la ráfaga, ante esta idea una segunda tormenta enroscaba sus turbulencias atroces en la Gran Cólera del Pan, creía oír los aullidos de fiera del Peor Destino, se puede perder más allá de la pérdida, nadie puede imaginar lo Peor, solo se puede pronunciar la palabra Peor, que es el resto calcinado y aún chisporroteante de la palabra Plegaria, pero como el reino de lo Peor es después y nosotros vivimos en el de Adviento no tenemos de él la mínima representación, solo nos trabajan espasmos en los cuerpos, en los vientres, en los corazones absolutamente intolerables. Es insufrible, queremos huir pero apenas podemos dar saltos alrededor de la mesa con la pierna izquierda porque la pierna derecha está paralizada.

Más tarde tratamos de olvidar, cavamos un agujero en la tierra plantamos tiempo, nos lavamos las manos olvidamos.

Al mismo tiempo recordamos, pero el recuerdo queda en el jardín, se ocupa de sus asuntos, olfatea las fosas cerradas.

No es eso lo que quería decir para empezar, comenzaba la primera página cuando estalló el alboroto.

La retomo enseguida. La página habría comenzado así: No lo puedo negar, no paraba de pensar en el tiempo, por momentos en el tiempo, por momentos en los tiempos, vale decir que no paraba de pensar como un gusano que trata de pensar en el cielo, en las nubes, reptando y retorciéndose sin comenzar a acercarse nunca a un comienzo de lugar un poco elevado desde el cual al menos se pueda apercebir el cielo, y sin embargo sentía que todo mi ser torcido, crispado, ardiendo por la urgencia de pensar, solo pensaba en dirigir lo que figuran ser sus ojos hacia el pensamiento de esta cosa, este tema, este medio infinito que tenemos seguramente buenas razones para llamar tiempo en francés, yo reptapensaba en francés y por retazos, por desgarramientos de cortinas por puertas entreabiertas, no sabía nada no veía nada pero sentía fuertemente, era conducida por el nombre de Tiempo, por los nombres de los tiempos que se presentaban, hay muchos, era una necesidad, era

un deber, yo quería yo debía comprender de qué vivía, por qué y cómo vivía ahora desde que aquello que me parecía ser “los últimos tiempos” parecía haber comenzado.

Los últimos tiempos, me dije, no paré de pensar que todo ha cambiado, todo lo que llamo “todo” confusamente comenzó a suceder de modo muy diferente que antes de los Acontecimientos a los que yo discierno ahora como causas de un cambio radical, es decir de un cambio en las raíces mismas de mi ser. Desde hace tres años descubro todos los días de otra manera y más claramente eso se va agregando cada día, que a consecuencia de las Enfermedades que han sufrido dos de mis personas queridas se han producido fenómenos de transformación del todo de todo, y de todas las partes del Todo, de lo que tomé conciencia gradualmente.

De repente, pero no me di cuenta enseguida, me encontré bajo el régimen de los “últimos tiempos”, quiero decir postreros, los que van a venir, pero que no dejan de tener connivencia con “los últimos tiempos”, los que acaban de pasar. Los unos se alejan hacia el pasado, los otros se alejan hacia el porvenir.

La diferencia entre los últimos tiempos postreros y los últimos tiempos es que estos últimos tienen una fecha, mientras que los postreros, no.

En los postreros, estoy, ahora lo sé con un no saber salvo por todos mis sentidos. Esos tiempos se dividen en dos extensiones de tiempos movibles, inestables, como dos continentes transparentes que a veces se juntan se mezclan, se unen se disocian, del mismo modo en que nuestras dos vueltas se vuelven una sola con dos almas en nuestro cuerpo. Está el tiempo de antes de la interrupción de mi madre. Está el tiempo de después de la interrupción de mi amigo. De aquí en más soy paradójica. Es un estado muy difícil. Estoy antes después y después después estoy retrasada y adelantada estoy yadespués y yaantes, estoy arrojada en círculos rodeada, distanciada, brutalmente-largamente, y todo esto solo le ocurre a mi cuerpo en francés, nunca mi cuerpo y yo habíamos

estado tan hablados en francés, “los últimos tiempos” son tiempos que ventilan el alma en francés, en la lengua inglesa de mi amado, cuando hay un terremoto es *the end, The End of the World* o como en su poema metafísico *The And of the World, The End, El fin*, otra palabra aún para dejarla caer como una piedra de hielo sobre una roca, otra palabra aún para dar miedo y poder. Hay que cortar con esa palabra, hay que romperle la cara, hay que partirla la sílaba, sacar de sus desechos el homónimo secreto.

Yo no digo “la muerte”. 1) La muerte solo me sucedió a mi padre. 2) No digo la muerte. 3) No se trata de esa palabra especial. Después de decenas de años de estudios y de años de análisis de experiencias lo puedo afirmar.

No se trata de esa palabra muro.

La interrupción no interrumpe más que lo ininterrumpido. Es una respiración. Acerca de ese misterio siempre estamos de acuerdo, mi amigo y yo. La interrupción le permite a lo ininterrumpido que descansa un instante y a lo interrumpido que retome el aliento.

Sin embargo la Interrupción Postrera acarrea innumerables modificaciones interiores. Todo cambia, Todo de Un Plumazo. De un momento al otro estamos como nacidos arrojados al espacio oscuro agitado totalmente desconocido de los Últimos Tiempos. No se sabe dónde se está naturalmente, se ha naufragado, solo se tiene la palabra *naufragio* a modo de linterna y explicación, del resto no se conoce nada. Todo está perdido. La perdición es un estado del que no habíamos tenido la menor idea. Somos adultos y bípedos pero la especie es desconocida. Eso me sucedió. No sabemos nada de ser. Ni de decir. No se conoce. No nos acordamos para nada de este mundo. El mundo del que nos acordamos, en el que todavía estábamos ayer a la noche, se ha vuelto tan lejano súbitamente que se diría un sueño. Está descalificado. Es el horror de ser cero y sin memoria sin ninguna relación con el ser que se ha sido y todo lo que se siente es que todo lo que siento no me ha

sucedido nunca. Sobre todo los estados de ánimo, que son como extranjeros en mi celda y de los que no entiendo lo que quieren – una carga que exige aire, espacio, como si la celda tuviera las llaves. Si al menos pudiera nombrar a uno de esos figurantes viscosos, si tuviera un yo que decir, o si pudiera llegar a un mínimo acuerdo con una de esas criaturas, como lo hace la gente detenida por el guarda en un tren que tomaron por equivocación. Pero al guarda no se lo ve. Felizmente no tengo nada que argumentar en mi defensa. Tengo la consistencia y el desgaste de un boleto falso. Sin embargo no he cometido ninguna falta. O sí. Qué pobre criatura sin cabeza que soy.

No somos nada más que se sepa. No tenemos nada más salvo el Hambre, un Hambre, un Hambre desconocida que apura, ordena, empuja. No se sabe hacer nada aquí, salvo recibir una orden en el corazón pero el cuerpo no sabe traducir. Caminar quiero, ¿pero cómo es? ¿Ir, hacer, avanzar, acercar, entrar? No sé no puedo paso en falso. Hay que. Es

la Interrupción lo que me paraliza –y debo vencer su hechizo con un acto de voluntad fabricado en mi cabeza–. Pensar, querer, se mueven en mi cabeza. Hay que encontrarle la salida al poder.

Hace tres años que relucho de vez en cuando contra Parálisis. Siempre es la pierna derecha. Ayúdame, le digo a mi amado, sacame de aquí. Siempre es la pierna derecha, en cuanto quiero caminar se inmoviliza, se pone rígida, se hunde en el suelo. El esfuerzo por arrancarla es una tortura. Camino con dificultad, tan lentamente. Me apoyo en vos. La tarea es colosal hay que inventar el mundo entero. No me desanimo pero el tiempo, el tiempo y el dolor.

El jueves casi funciona, era el primer día del mes de muerto de mi padre el muerto, estabas conmigo, estábamos juntos los dos, teníamos que recomenzar el mundo, era el proyecto del Globo. Tu presencia, tu calor, tu tamaño, nuestra corriente íntima, nuestro entendimiento, nuestra manera de estar empalmados, nuestro movimiento, el acuerdo, la alianza de los cuerpos cuando nos

desplazábamos a lo largo del Borde, es la evidencia simple, mítica. Me habían pedido que creara la ópera de la creación. Me puse en estado de espera. El director de orquesta a lo lejos me dio la señal. Nosotros dos estábamos en el Borde. Di los primeros pasos. Ninguna parálisis. Invoqué los espacios, levanté vientos. Me parece que yo conducía las profundidades del aire. Levanté los brazos. Escuché. Me di cuenta, ante la puerta del Globo, de que todavía no había dicho nada, solo había hecho oír los ruidos del mundo, había que empezar, sin duda, decir una palabra, me dije, dirigirme a los pueblos invisibles, saludar a los que esperan su turno escondidos, proferí: ¡Amigo! o bien ¡Amigos! pero eso rompió la majestad del silencio.

Estuve a punto. Casi lo consigo. Un poco más y tenía toda la gracia.

Todos los días espero ser convocada al día siguiente por las autoridades para crear la ópera de la creación. Espero. Te das cuenta de mi error: no hubiera debido ni pensarlo. Querer hacer las cosas bien, ¡qué presunción!

No se puede prevenir. Esperar, obedecer, dejar venir. No creerse más viviente, ni más capaz que los del otro lado. Ese es el secreto. Aquí, no hacemos lo que deseamos. Solo podemos hacer lo que es deseado. Apenas si puedo decir nosotros, nosotros en lugar de yo, es más prudente.

Nosotros no esperamos el auxilio de un despertar porque esto no es un sueño. Aquí es el tiempo de los últimos tiempos los que solo llegan una vez.

Siempre se puede perder más, pensaba, hacía girar mi pensamiento alrededor de este pensamiento, untaba a mi madre con gestos circulares con presiones rápidas ligeras exactas, ahora ya sin vacilar antes de rellenar las ampollas y los cráteres que a principios del año pasado me habían como desconcertado, cuando trataba de acercarme a ellos con los dedos cubiertos de pomada, lanzándome anchas miradas ciclópeas, no me atreví a decírselo a mi madre en ese momento, el año pasado, que a la mañana y a la noche tenía lugar un breve combate interior entre mi razón y mi instinto extraviado de repulsión, era la idea, una ilusión, la de que esas grietas redondas rodeadas de orlas de piel quemada me miraban, por poco metía el dedo en el ojo, *siempre se puede perder más*, me decía, absorbida en mi trabajo de rodear y de untar unas llagas cuya frecuentación produce a la larga una domesticación de mi espíritu y de mi alma vibratoria –e inversamente una especie de domesticación de las úlceras y de las llagas que se dejan embadurnar con docilidades animales. “Sigo viviendo” me decía, pensamiento maravillosamente amargo, amargamente maravillado, seguía viviendo, *luego perdiendo*, pensaba, “no tiene fin”, si escribiera esta frase, pensaba untando cuidadosamente la espalda de Eve mi madre empezando siempre por el hombro derecho, si pusiera esa frase privada de aliento y de entonación en una hoja de papel, tendría el rostro de una máscara, sería equívoca, produciría un frío, el frío sin fuerza de una incertidumbre, yo misma por otra parte, arrodillada delante de mi madre de pie, la espalda vuelta hacia la luz que entra por la

ventana, la encuentro extraña y triste y entristecedora esta frase que me viene del fondo alejado de toda mi historia y al mismo tiempo de lo que tengo justo ante los ojos delante de la nariz, la piel de mi madre sobre la que distribuyo comenzando por lo alto del cuerpo y por la faz dorsal siempre en cantidades pequeñas y regulares el contenido de un tubo de pomada después de otro. Me asalta la idea de que la piel de mi madre parada delante de mí esta mañana de julio en la que continuamos viviendo, es decir en que la vida continúa urdiendo sus tejidos en el marco del cuerpo de mi madre y en el marco de mi cuerpo, sin que yo por mi parte haya pedido nada, aunque en relación con mi madre es lo que me corresponde, por el contrario pido sin cesar una cosa y otra –la piel de mi madre, fechada, sería la tela, o el espejo o el cuadro, más fidedigno de mi estado de ánimo fundamental y fechado, o de lo que se llama la vida, ese momento de mi historia, la quinta estación, o tal vez el horizonte del tiempo sobre el que se pintan o se depositan los efectos físicos de lo que nos sucede viviendo. De lo que nos sucede, viviendo.

Sigo viviendo luego perdiendo, me digo mientras “arremeto”, como se dice, arremetiendo contra mí misma, agarrando por el cuello mis resistencias para ocuparme de la ulceración principal de estos últimos tiempos, la ampolla situada bajo el brazo izquierdo, despanzurrada, de un diámetro de cuatro centímetros, la reina de los ojos reventados, de las córneas con los párpados calcinados, pequeña medusa cadaverizada a la que ayer por primera vez miré sin parpadear. Como si después de numerosos enfrentamientos cobardes mi alma y ella, agotadas, hubieran llegado a la calma de una doble rendición: la había reducido a su envoltorio. Ahora ella se aleja inmóvil y experimento al palpar sus restos con un índice cubierto por un casco de goma el antiguo sentimiento de amor apiadado del vencedor de la cosa salvaje. Entre la reina reventada y mi índice sin hostilidad alguna el temblor muy fino de una expiración. ¿La palabra? Término. Tocamos la grieta y yo aquello que ya no permite tacto alguno: el término.

“Sigo viviendo eso es lo que logro pensar”, pensé, ahora en cuclillas detrás de mi madre, es decir frente a su espalda que pintaba y que me pintaba pintándome lo que me espera, y *veía* todos los detalles de ese cuadro que solo nos representamos por lo común abstractamente.

No lleva, como se dice, casi una hora esta unción, no se lo puede hacer demasiado rápido, el tacto debe ser delicado para ser preciso e indoloro, luego moderado. Durante esta hora, hablamos poco. Nada nos impediría hablar. Salvo el respeto por la acción que se está cumpliendo. Parece una pequeña misa. No se lo digo a mi madre. Misa no es kasher. Parece una brujería pequeña.

Es como una lamida. Por poco nos despiojamos. La vuelvo mona a mi madre. Es una ocupación.

“Sigo viviendo” piensa el cuerpo de mi madre.

–Como me dijeron “es así, esto no tiene cura” me lo tomo con calma –dice mi madre.

No se cura, vivir, pensé, pero no se lo dije.

–Date vuelta un poco –digo.

Mi madre da un pasito de costado. Es un pasito viejo. Solo cuando ella da un pasito el tema “vejez” se trepa de repente al cuadro. No es que no sea ágil. Es la confianza lo que se debilita. La confianza falla, entonces mi madre se tambalea por una mínima torpeza. Veo el pensamiento “ay si me caigo” cubrir con una sombra gris las piernas y los tobillos. Se inmoviliza. Retoma su posición, retoma su eternidad.

No hablamos, rumiamos el rito, no pienso celebro metódicamente, pensamientos entran por mis manos, por las hendiduras de mi pecho, chorros de lágrimas, adentro, rastros de dardos, lentitud aplicación relámpagos.

Aparecen frases, el ser que en mí está loco por las frases, o loca, abre las fauces y cierra sus mandíbulas alrededor de la viva, palpitante, muy deseable bestezuela, frase, frase, no huyas. Debo guardarla viva sin tragarla hasta el final de la unción. Enseguida la

pondría sobre el papel, la escribiría, la fijaría. Con tal de que no se me pierda, pensaba, la saliva perla en las fauces, pero le pertenezco toda a mi madre durante la escena y mi madre es toda entrega a la unción.

¿Y si habláramos? Es imposible, eso no nos sucede. No-hablar durante la pequeña misa forma parte de la misa. Estamos absor-bidas. Bebidas. Bebemos. Absorbemos.

–Me pregunto si no hay un remedio, con el tiempo se inventan cosas –dice mi madre–, con el tiempo, yo conocía a un ensalmador pero debe estar muerto con el tiempo –dice humilde madre. Lo dice para aliviar mi pena, la pena que ella cree que siento, con el tiempo, me digo, dentro de algunos años, pronto cien años, se sigue inventando, el ensalmador también es un regalo ella no cree en él pero está esa palabra ensalmador también, ensalmador, dice, a mi edad todavía me acuerdo de todas las palabras. “Debe estar muerto con el tiempo”, dice mi madre. Agarro esta frase, la doy vuelta, la amaso, la mordisqueo. El tiempo del ensalmador está muerto pero mi madre vive. Eso no se cura. Ella se toma con calma lo que no se cura. Yo también me lo tomo, unto, untomo lo irremediable.

Durante la misa la vida prosigue así: 1) un ruido de moto, el antiguo ronquido que anuncia: correo. Hace cuarenta años igual que hoy, el ronquido fatídico: el cartero portador inocente del veredicto. El veredicto fue pronunciado, allá, en el fondo del jardín, detrás del bosque. Quizás ya esté muerta quizás me has matado. Lo sabré dentro de un rato. O resucitada. Bendito sea el casillero de las cartas temibles. Unto. Con unción. 2) Los árboles viven. Los vestidos viven. Mi madre está parada, desnuda, en mi escritorio. Trabajamos. 3) Aletheia entra, la espalda arqueada, rápida, regular, se arrastra sobre el diván, con el semblante austero. Eso significa: tengo una. Cada una su frase. ¿La suya, es un grillo? ¿lagartija? ¿ratón? No le digo nada a mi madre. Hay secretos.

–Date vuelta un poco –digo.



ÍNDICE

I. ANTES DEL FIN 7

II. EL SOMIER DE BENJAMIN 61

III. UN PERMISO 145

SOBRE LA TRADUCCIÓN 171

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA